

SÉ QUE LO HUBIÉSEMOS FIRMADO.

Aún recuerdo ese día. Ese tres de julio que te vi por primera vez.

Como siempre llegué el primero, movido por ese miedo a la impuntualidad que siempre me ha caracterizado, y aún recuerdo cómo no paraba de mirar el reloj, intentando no pensar en cómo sería la primera vez que nuestras miradas se cruzaran.

Tres semanas hablando por mensajes de texto y notas de voz desde que te conocí por una de esas aplicaciones de encontrar pareja, que aunque la gran mayoría las usaba para contactos casuales, yo no perdía la esperanza de encontrar a alguien que buscase lo mismo que yo. Enamorado de cada emoticono sonriente que me mandabas, de cada acento de tu voz, de cada anécdota que me contabas de tu vida. Me encantaba verte *en línea* y cómo se cambiaba a *escribiendo*. Me pasaba horas navegando por cada foto de tus redes sociales. Me gustabas.

Lo peor de una aplicación de contactos es que detrás de esas fotos haya alguien que te pueda aportar más que un simple polvo; supongo que llega un momento de la vida en la que necesitas y buscas algo más, y siempre andaba por ese mundo de puntillas con la misma inseguridad y temor con la que un niño da sus primeros pasos, pero a pesar de ello decidí probar suerte contigo. Te dije un *hola, ¿qué tal va todo?* como si te conociera de toda la vida. Comenzamos a hablar, de dónde éramos, a qué nos dedicábamos, qué nos gustaba hacer... algo que ya había hecho con muchas personas más, pero tenía la sensación de que contigo había algo más, así que dejé mis prejuicios y temores atrás y me abrí a ti. Desde ese diecinueve de junio que empecé a hablar contigo, me envolví en una nube de esa felicidad irracional e inexplicable, mitad ilusión mitad incredulidad, que tantas ganas tenía de volver a sentir. Apostar por alguien desde el principio tiene las mismas posibilidades de éxito que acertar a que salga el dos negro en el juego de la ruleta, pero alguna vez tiene que salir bien, y me siento muy afortunado de que mi apuesta ganadora seas tú.

Tenía miedo, miedo a que no te gustara en persona, a no saber cómo actuar, a dejar de ser yo mismo solo para intentar no cagarla, cuando dejando de ser uno mismo es lo que te acerca más al fracaso, pero es una de esas cosas que aun sabiéndolas no soy capaz de llevarlas a cabo en momentos como este. Esto me llamó la atención ya que por primera vez pensaba en lo que podría pensar la otra parte, antes de yo mismo. Lo consideré como una señal más de lo mucho que me empezabas a importar.

Eran las seis de la tarde cuando estaba llegando a la estación de *Sol*, en pleno centro de Madrid. Me quité mis auriculares mientras sonaba una de esas canciones que tanto me enamoran de *Leiva*. Al llegar los vagones de tren se vaciaban como era habitual en esa parada, mientras mis piernas temblaban entre la multitud, y miraba a mis lados por si casualidad ya estabas, pero no. Subía cada

una de las largas escaleras mecánicas movido por el gentío, como una marioneta movida por los pasos de los demás, pues mi mente estaba en modo *off*. Cuando por fin salí de la estación, el sol de julio me golpeó, mi vista se nubló, pero no lo suficiente para darme cuenta de que tú aún no habías llegado. Me apoyé en una de las barandas que rodean la boca del metro, pero procurando que no se mancharan mis *shorts* azul celeste y mi camisa blanca recién planchada para la ocasión. Me pasé la mano por el tupé para confirmar que cada pelo estaba en su sitio adecuado y me limpié las gafas por undécima vez en el día. Esperé, con una taquicardia cada vez que salía un nuevo flujo de gente de la estación. Al ver que aún no llegabas, respiraba medio aliviado medio aún más nervioso. Seguía sin pensar con claridad.

Media hora más tarde llegó el momento que quedará en mi retina (y en mi corazón) para siempre. Subías rodeado de un grupo de turistas, lo que te hacía destacar todavía más, con una sonrisa nerviosa, pero muy decidido avanzabas escalón a escalón; no podía dejar de mirarte, estabas precioso con tu polo azul marino, tus bermudas rojas y esas deportivas de colores de las que tanto me decías que te gustaban. Mis lágrimas luchaban por escapar pero aguantaba, pues no era el momento más oportuno para ponerse a llorar.

A medida que te acercabas no sabía cómo te iba a saludar ¿la mano?, ¿un abrazo?, ¿dos besos? y eso que había estado dándole vueltas desde hace días. Dichoso el momento en que sin pensarlo nos fundimos en un abrazo de unos treinta segundos, tus labios rozaron mi cuello y tuve la oportunidad de poder olerte, algo que no podías nunca transmitirme por una pantalla. Me encantaba. Al separarnos nos miramos a los ojos y fue ahí en ese mismo instante cuando me di cuenta que sí, que no me había equivocado contigo. Me recordó a cada seis de enero cuando era niño, y me levantaba ansioso para confirmar si lo que había escrito en la carta era lo que me esperaba debajo del árbol de Navidad. A ti no te pedí a los Reyes Magos, pero aun así la magia estaba presente.

Otra de las cosas que odio de mí mismo es el miedo que tengo siempre en persona a no saber qué decir, qué conversar, por lo que te agradezco que fueses menos introvertido que yo y rompieras el hielo con temas muy absurdos y superficiales pero que me hacían gracia ya que ahora cobraban una dimensión distinta cuando tus labios pronunciaban cada palabra y tú me preguntabas el porqué de mis risas pero ni yo mismo tenía una respuesta.

Tras dejar el Teatro Real detrás llegamos al Palacio Real y Jardines de Sabatini, uno de los sitios que más me gustaban de la ciudad por su belleza y singularidad. También es uno de esos lugares donde más parejas se concentran y demuestran su amor, las cuales las sorteábamos mientras andábamos entre jardines y fuentes. La mayoría de la mano, otras besándose en los bancos, mientras otras

aprovechan una estampa idílica para fotografiarse. Ese ambiente sobrevolaba paradójicamente sobre nosotros y nuestra relación, lo cual nunca habíamos hablado sobre ello, y me daba miedo sacar el tema por la incomodidad que pudiera causar, y por la respuesta que me pudieras dar... pero para incómodo fue ese silencio que de repente se asentó y me pregunto si pensabas lo mismo que yo, sobre qué éramos realmente. Estaba claro que solo amigos no éramos, que había algo más. Mi mejor amiga siempre decía que hay que actuar guiándose por lo que tu corazón dicta, así que lo hice, movido por mis sentimientos te agarré y... te besé. Creo que nunca he respirado tan aliviado en mi vida cuando en vez de rechazarme, me agarraste y me besaste con más fuerza, y nuestros labios se fusionaban cada vez con más intensidad, y aunque no fue más de un minuto es como si hubiera sido eterno, comprendiendo ahora el significado de esas escenas de cine a cámara lenta en el momento más romántico. Con el Palacio Real de testigo te aseguro que es el beso más sincero que he dado y no pudo tener mejor desenlace. Al separarnos nos miramos fijamente a los ojos y sonreímos, siendo mis ojos afortunados de ver la mejor sonrisa que jamás hayan contemplado.

Seguimos andando con su brazo bordeando mi cintura, y me di cuenta de nuevo como me daba igual lo que podría pensar la gente, confirmando aún más que tú ibas a estar por encima de muchos pensamientos de la sociedad. Al llegar al Templo de Debod, nos sentamos en uno de los jardines que rodea la plaza y ahí pasamos la tarde, compartiendo ese metro cuadrado de césped, que por primera vez algo tan pequeño no me agobiaba. No sé cuánto tiempo estuvimos pero de repente nos sorprendió el atardecer del cielo de Madrid. Fue muy bonito ver cómo el sol se iba escondiendo poco a poco, mientras la luna empezaba a ser la protagonista. Empecé a dudar que me gustaba más, si el atardecer o el color miel de tus ojos, nunca había tenido delante de mí dos cosas tan bonitas a la vez y encima tus ojos se dirigían a mí. Deseé que ojalá tu manera de mirarme solo me dominara y no me matase, porque muerto ya no tengo ningún modo de escapar de ti.

Al salir, nos dirigimos a la estación para volver a nuestras casas, y por el camino recuerdo como me agarraste, cómo tu mano capturaba la mía y sentía el calor de tu boca sobre mi cuello cuando hablabas. Recuerdo que no paré de sonreír durante todo el camino de vuelta en metro. Por su puesto tampoco mi sonrisa desapareció cuando abrí *whatsapp* y vi un mensaje tuyo que decía: *gracias*, seguido de un corazón rojo. Para rojo el color de mis mejillas.

Tenía ganas de vivir más tres de julio como este. Tenía ganas de vivir algo así con alguien. Tenía ganas de volver a abrazarte. Ganas que se convierten en deseo y deseos que se convierten en impaciencia. Impaciencia que se tradujo en una nueva cita.

Tú David, yo Mario. Aún me pregunto por qué algunas personas siguen insultando nuestro amor... con lo bonito que es. Pero sé que tanto tú como yo lo hubiésemos firmado sin pensarlo. Somos libres, libres de amar.